

ANTONIO SEGADO, NOVELISTA

P O R

JOAQUIN MARCO

Conocí a Antonio Segado del Olmo* hace algunos años en aquellos Premios de la Crítica itinerantes que se celebraban en Barcelona, Zaragoza o Murcia. Precisamente el año en el que se concedieron aquí se debió a las gestiones realizadas por Antonio, José Luis Cano actuó de presidente y yo mismo de secretario. Pero, por aquel entonces Antonio Segado del Olmo y yo éramos ya buenos amigos. La coincidencia de varios años en aquellos jurados de tan curioso pelaje me había permitido conocer al hombre entusiasta, buen gestor, gran defensor de las cosas murcianas y excelente compañero. Sólo más tarde, sería posiblemente en un Congreso de Escritores Murcianos que aquí se celebró y al que pude asistir como observador, descubriría la faceta creadora de Antonio Segado del Olmo. En pocos años Antonio había organizado tantas cosas que cuando nos vimos apenas si disponíamos de tiempo para hacer un balance de lo ocurrido entre un encuentro y otro. Creo que su figura —al margen de su actividad como escritor de la que me ocuparé más adelante— era la de un excelente agitador o promotor cultural, figura imprescindible en el mundo literario. La tarea creadora se realiza en la soledad. Para que exista una obra literaria hace falta tan sólo papel y pluma. Pero, así descrita, la misma labor literaria resultaría estéril. Se requiere una mínima organización, imprescindible para que aquella inspiración y el no menguado trabajo se difunda: editores, impresores, distribuidores, publicitarios, se ocupan de la parte mecánica. Pero, junto a ellos, lectores, editoriales, correctores de pruebas, críticos, periodistas de diversos medios tejen una tela donde la obra se asienta. Parte

* Palabras leídas en el Homenaje a Antonio Segado del Olmo (Murcia, enero 1988)



significativa en esta actividad que denominamos vida literaria corresponde a figuras como Antonio. Un hombre que difundía, que despertaba ganas de saber, que se ofrecía como intermediario, que sabía ser el portavoz de unas inquietudes a veces inconcretas, que sumaba siempre y que en muy pocas ocasiones restaba.

Aunque no es mi propósito hacer el elogio de un amigo conviene saber, sin embargo, hasta qué punto sus funciones son convenientes, insustituibles. A través de él empezaron a llegarme las publicaciones de escritores murcianos que yo desconocía. Pasaron por mis manos algunos originales. Y sé que otro tanto sucedió en otras ciudades españolas. Antonio Segado estaba al quite y sabía a quién y cómo podía interesarle una publicación o unos textos. Por aquel entonces descubriría yo que él mismo cultivaba la novela, el relato, el ensayo.

La primera novela que llegó a mis manos fue *Trópico de ausencia*, publicada en 1973. Creo que es su mejor obra y merecería una reedición con todos los honores. Castillo-Puche ha aludido a ella y no voy a incidir en el mismo tema. Pero sus excelentes descripciones, su clima interesan por haber superado el aparente exotismo. El Sajara de Segado del Olmo vive a través de una identificación entrañable con el autor. No es el maestro destacado en Núr quien describe la ciudad, sino el propio autor en una tercera persona claramente identificable: «La ciudad pronunciaba sus últimas palabras, sus últimos sigilosos sonidos antes del sueño. Antes de que el inquieto silencio del desierto, que ya había penetrado con la oscuridad por las esquinas, y el lejano eco del mar a sus espaldas, fueran el único murmullo que iba a invadir el poblado hasta el alba» (1). Antonio Segado del Olmo escribía con auténtica pasión. En *Ceremonial de ahogados* (1977), donde plantea el tema, de actualidad entonces por sus connotaciones legales, de la separación matrimonial, aparece como su autorretrato, o así lo entiendo. El narrador describe la escena de un novelista que se encuentra escribiendo una novela precisamente sobre Murcia (lo que permite un sutil juego de espejos): «Su trabajo en el libro avanzaba, y Juan veía ya prácticamente su definitiva conclusión. En los últimos días, durante las mañanas, mientras Pilar y Pablo bajaban a la playa, él se quedaba trabajando en la casa. Luego, aproximadamente a las doce, iba al restaurante, tomaba una cerveza y se quedaba allí un rato en la terraza, tranquilamente, mirando el quieto y manso mar. Después bajaba también a bañarse. Durante esas mañanas contaba una y otra vez con ilusión los folios que ya formaban un considerable mazo. Le parecía casi un milagro que hubiera ocurrido así, que

(1) *Trópico de ausencia*. Editora Nacional, Madrid, 1973, pág. 99.



por fin estuviera a punto de finalizar una tarea que venía desde tanto tiempo atrás.

«Sentado ahora en la mesa de trabajo repasaba un capítulo que bien podía titular «Vino y jardines» o «Tabernas y jardines», porque en la redacción de aquellas páginas había entrelazado los jardines de la ciudad con la rápida descripción de algunas tabernas murcianas, de las pocas que ya quedaban. Aquellas tabernas con patios interiores, donde a lo mejor crecía una parra y allá se congregaban gentes de los más distintos oficios, enlazadas en la cordial afición de beber un vino fresco que se servía de inmensos toneles y con el que apenas se tomaba «condumio». Pensó que aquella expresión era demasiado localista, pero la dejó tal y como estaba...» (2). No es difícil identificar el autorretrato. Porque el escritor que describe las costumbres de su ciudad y el que no renuncia al término «condumio» es Antonio Segado del Olmo. El ejercicio que se propone ahora el novelista es ambicioso. Tras el exotismo sajariano se empeña en el relato anclado en la propia ciudad entrevista con amor y con rigor. *Ceremonial de ahogados* al margen de su anécdota es un excelente y apasionado cuadro de Murcia y, además, un retrato crítico que los municipales deberían tener en cuenta.

Pero al mencionar las dos novelas de los setenta habíamos dejado al margen *El palmeral*, publicada con anterioridad, en 1967, y que obtuvo el premio Andrés Baquero. También allí la preocupación del autor gira en torno a la descripción costumbrista de los hombres—ahora campesinos—de la Vega. Tras la preocupación de Juan por el agua subterránea que ha de salvar *El palmeral* se esconde la especulación urbanística, la falta de apoyos económicos, la tragedia humana que disimula la ambición, el conflicto generacional. Su relato busca también una fuente autóctona que, como la de Blasco Ibáñez en Valencia, permita identificar un relato murciano.

Con *El día que llegó el mar*, editada en 1981, el novelista se adentra en la forma simbólica. Se trata, sin lugar a dudas, de su novela más ambiciosa. Porque, aunque situada una vez más en una ciudad perfectamente identificable, el novelista se plantea un tema mucho más ambicioso. El mar es el símbolo y el gran ausente, el pasado democrático, la libertad. Se describe un país que sobrevive tras una guerra civil. En la última página, el novelista califica el relato como «largo memorial de fantasías y recuerdos». El país resiste la opresión y sus gentes escriben octavillas y son detenidas o encarceladas. Desde la perspectiva de la infancia, *El día que llegó el mar* conjuga los recuerdos, aunque es una novela mucho más imaginativa que las anteriores, en la que el lenguaje sirve no sólo para describir lo que el

(2) *Ceremonial de ahogados*. Sala Editorial, Madrid, 1977, pág. 143.



escritor ha visto, cronista, sino para sugerir poéticamente lo que hubiera podido ver. ¿Qué hubiera sucedido si, en verdad, el mar se hubiera retirado de las tierras?: «Debió ser un espectáculo verdaderamente desolador y lunar, aquel telúrico movimiento de las aguas avanzando en retirada, girando sobre sí mismas, estallando la espña de sus olas durante un instante, para átomo de tiempo después de ser nueva masa líquida. El mar retirándose de las arenas de las playas. Deshecha misteriosamente por la locura de los hombres la natural atracción del agua última sobre las láminas porosas y doradas de las playas y los erizados cúmulos de rocas suaves. Todo un horizontal abismo de llanura pedregosa y húmeda, formada de cascajos salitosos y peces varados y enloquecidos entre ellos; cuerpos de sangre fría mutilados por esquiras de piedras convertidas en metralla que mata la vida arrasa el placton del azul» (3). He aquí una excelente descripción imaginativa que podría figurar en una antología de anticipación, una literatura libre ya totalmente al margen de cuantas consideraciones localistas puedan aparecer en el mismo relato. *El día que llegó el mar* supone un considerable avance técnico respecto a las novelas anteriores. Con todo, el novelista no acaba de desprenderse de las vinculaciones que le ligan al medio. El mundo que describe muestra en exceso las dependencias con la realidad. El Jefe Libertador es el general Franco, el ambiente de la escuela es el que existía ciertamente en los años cuarenta y cincuenta, los himnos, los brazos en alto, la falta de libertad son signos excesivamente evidentes. El símbolo del mismo es exageradamente primitivo. Pero aquí y allá descubrimos, como en la cita anterior, signos de que el lenguaje narrativo se ha enriquecido. En sus novelas anteriores había utilizado el relato en tercera persona, el monólogo interior, los diálogos impregnados de fórmulas populares. Pero ahora el narrador se atreve a dar pasos más decididos en el camino de una nueva expresividad en el género. Como los poetas de nuestro siglo, también el novelista matiza su historia con reflexiones que tienden a explicar el camino emprendido. Nos ofrece algunas claves para que podamos comprender cuán lejos puede llegarse. En este sentido dos páginas de *El día que llegó el mar* reflejan a las claras su nueva posición ante la historia: «El presente ya no es nada o ha dejado de serlo, un eco en el cerebro, una débil membrana inútil que cada vez va recibiendo menos vida y sangre, menos alimento, y que terminará por secarse cuando definitivamente se seque el cuerpo que fue alimentando esa memoria. Por muy vivo que aún pretenda yo que está en mí ese pasado que fue mío, cuando escriba para él no será sino un pálido reflejo. Pero continuo y continuo buceando ese ayer sin saber con seguridad qué es lo que pretendo encontrar; como un viajero ciego que percibirá olores y sonidos, pero nunca verá las figuras. El recuerdo y la

(3) *El día que llegó el mar*. Ediciones Mediterráneo. Murcia, 1981, pág. 18.



memoria son como espejos que reflejan lo que es, que puede representar imágenes; pero nada tan falso como un espejo, porque la realidad siempre queda al otro lado, frente a él... ¿Por qué entonces creer que el pasado puede ser lo que únicamente podemos dominar, nos pertenece? Sé que hay algo de morbosa complacencia en sentarse y escribir sobre un tiempo y unas gentes sin mar; sobre un barrio que fue mío y cuyo espacio ahora ha sido ocupado por modernas edificaciones y por nuevas y anónimas gentes» (4).

Precisamente el espejo, lo que refleja, corresponde a la literatura. Las que el narrador nos ofrece son las imágenes, a través del lenguaje —filtro del escritor— de las sombras de un pasado. Estamos viendo a lo largo de la obra de Antonio Segado del Olmo hasta qué punto aquel pasado, la niñez, la ciudad anterior a la que ahora vive va creciendo y alimentando su obra. Como señalara tan certeramente Roland Barthes en su último libro *Incidencias* «al escritor le está asignado este vestíbulo del saber y del análisis; es más consciente que competente, es incluso consciente de los intersticios de la competencia. Por eso la infancia es el camino real por el que accedemos al conocimiento más exacto de un país. En el fondo, no hay más país que el de la infancia». Aquella infancia «fábula de fuentes», como la llamara Jorge Guillén viene así fabulada, transcrita en *El día que llegó el mar*. El narrador que bucea el ayer sin objetivo definido, sin saber qué va a encontrar, nos engaña. Va a encontrarse a sí mismo. Los escritores tienden a rodear el objetivo, a disimular los caminos emprendidos. En realidad su centro de atención es su propio descubrimiento. En este sentido la aventura de Segado del Olmo estaba en el camino cierto. La búsqueda a través de los caminos y de los espejos deformadores tenía como finalidad transmitirnos una experiencia intransmisible. Esa «morbosa complacencia» de la que nos habla es la literatura. No hacemos otra cosa los escritores.

Las intuiciones del escritor van incluso más allá. Una buena parte de la literatura contemporánea se inspira en planteamientos ambiguos. Existe ambigüedad moral, pero, asimismo, la ambigüedad misma puede traducirse en efectos literarios mediante los cuales el lector accede a participar en el relato. Ciertas oscuridades, ciertas zonas en penumbra conforman esta participación. Antonio Segado del Olmo se sirve en esta ocasión de una segunda persona que narra (en realidad sigue siendo la primera, el tú equivale al yo) para reflejar esta conciencia: «Tú debías hablar de ese incierto y ambiguo sentimiento que en ocasiones te asalta. Está incrustado y late bajo tu piel se hace presente como el tic-tac de un reloj horada el silencio de una habitación en la noche, y en esos medidos golpes se envuelve un mensaje doloroso y retrospectivo» (5). En adelante, al descender a la anécdota todo

(4) Op. cit., pág. 63.

(5) Op. cit., pág. 85.



se trivializa. Es posible siguiendo el texto realizar dos lecturas paralelas. En una de ellas, el lector puede rastrear la anécdota, incluso la trivialidad —y en ella situaríamos el efecto del reiterado símbolo—; en otra, que creo que resulta mucho más interesante, descubriríamos los mecanismos de un lenguaje narrativo mucho más atento a la modernidad. Es moderno, por ejemplo, reducir el tiempo al ruido metálico del reloj. El tiempo pasado se concretiza y se torna materialmente doloroso. Es más moderno situar los efectos del pasado en uno mismo que precisar que éste empezó a actuar desde que el personaje fue a vivir en casa de su abuela Emma. «Nada exterior ahora, ninguna situación negativa existe en un entorno para que de repente sientas esa zozobra que empieza a invadirte... Contemplas tu vida con la misma angustia de un viajero que llegara a una ciudad desconocida y entre los coches, las luces de los semáforos y las tiendas, las febriles avenidas, la muchedumbre avanzando en esa cansada agitación de las grandes urbes, tuviera necesariamente que encontrar un rostro, una determinada persona de la que ignora su dirección». Hay una gran distancia entre este texto, su arquitectura narrativa y lo que percibíamos en *El palmeral*. La novela se ha tornado un mecanismo más complejo, más rico, más atento a la vida moderna, urbana.

El camino del artista se mostraba abierto. Lo recorrido en estas breves notas ha supuesto para mí reencontrar las palabras de un escritor que he procurado situar en un proceso evidente de enriquecimiento narrativo. No es fácil sin una dedicación exclusiva a la novela. Y Antonio Segado del Olmo se prodigaba en tareas diversas. No he mencionado ni sus ensayos ni su labor periodística (en prensa o radio) ni la, para mí esencial, capacidad para proyectar la cultura murciana fuera de sus límites. Pero quisiera señalar además algo al respecto. En su discurso de ingreso a la Academia de Alfonso X el Sabio el escritor reflexionaba sobre la psicología colectiva. Los pueblos hispanos parecen empeñados en indagar continuamente sobre su «ser», desde Argentina a México, desde Cataluña a Andalucía. Esta crisis de identidad se resuelve generalmente por el simple mecanismo del cómo somos: hay una forma mediterránea de vida, exaltada desde Carner a Gilbert, desde Kavafis a Moravia. Antonio Segado reconocía en Murcia «la sabiduría capaz de aprovechar o propiciar momentos felices en la vida, incluso en la jornada, con una intensidad y una maestría ejemplar y compensadora de un destino que no ha sido fácil a lo largo del tiempo, sino difícil, hosco y siempre inseguro». Es una atinada observación, un modelo de actitud que tal vez nos convenga a todos.

Yo quisiera finalizar mi intervención con el elogio de Antonio Segado del Olmo. Pero fue un amigo y tal vez mis palabras carecieran de la objeti-



vidad que, no sin esfuerzo, he buscado en el análisis de sus textos. Estoy aquí para rendirle un modesto tributo. Pero indudablemente entre ustedes habrá quienes hubieran podido hacerlo mejor por haber convivido con él mucho más tiempo. Nuestros encuentros fueron fugaces. No así sus obras. Yo he buscado, hoy, al escritor con la deuda pendiente de la amistad. Si quieren ustedes acompañarme en este breve homenaje lean su obra. En sus propias palabras descubrirán mucho más de lo que he podido decirles en tan corto tiempo. Y no olviden cumplir como murcianos. Como nos propuso: aprovechando los momentos felices de la vida.

